

ESTRENO

# La degradación de la burguesía: *The Exterminating Angel*, desde Nueva York

por José Noé Mercado



Elenco de *The Exterminating Angel* en el Met  
Fotos: Ken Howard

**E**l estreno americano de *The Exterminating Angel*, la tercera ópera de Thomas Adès, llegó a la pantalla del Auditorio Nacional el pasado 18 de noviembre, gracias a las transmisiones en vivo del Metropolitan Opera de Nueva York.

Con menos de la mitad pero más de un cuarto de ocupación, nada despreciable para tratarse de una ópera contemporánea estrenada mundialmente en el Festival de Salzburgo el 28 de julio de 2016, el Coloso de Reforma permitió a los asistentes atestiguar la adaptación lírica de la célebre película de Luis Buñuel, que fuera estrenada en 1962 con guion del propio Buñuel y Luis Alcoriza, bajo la producción de Gustavo Alatraste, con fotografía de Gabriel Figueroa y un elenco multiestelar entre quienes se encontraban Silvia Pinal, Enrique Rambal, Claudio Brook, Augusto Benedico, Jacqueline Andere, Ofelia Guilmáin y otras figuras de la época.

En esa cinta, inscrita en la historia cinematográfica como una de las joyas del surrealismo, se basó Adès para elaborar una obra que, con libreto de Tom Cairns, le permite abordar uno de los ejes temáticos de su catálogo: la degradación de la burguesía, el envejecimiento

de las clases altas (que es, en última instancia la crítica medular de Buñuel en su filme) de la que ya había dado muestra en sus dos óperas anteriores, *The Tempest* (2004) y, enfáticamente, en *Powder her Face* (1995), con la que a los 24 años de edad obtuvo renombre internacional.

Buñuel acompañó su película con una suerte de manifiesto —con el que el cineasta aragonés, avecinado en México luego de los estragos de la Guerra Civil Española y una estancia laboral en Hollywood, sigue adscrito al buque surrealista de cierto automatismo psíquico para intentar expresar el proceso real del pensamiento y que tiene una de sus cumbres en el cortometraje *Un perro andaluz* que realizó al lado de Salvador Dalí en 1929—: “Si el filme que van a ver les parece enigmático e incoherente, también la vida lo es. Es repetitivo como la vida y, como la vida, sujeto a múltiples interpretaciones. El autor declara no haber querido jugar con los símbolos, al menos conscientemente. Quizá la explicación de *El ángel exterminador* sea que, racionalmente, no hay ninguna”.

No obstante, más allá de algunos aspectos de ese surrealismo que dotan de excentricidad y absurdo varios pasajes de la trama, la



Escena de *The Exterminating Angel*

premisa de las acciones es clara: luego de una función operística, los Nobile reciben en su mansión a un grupo de burgueses para cenar. Los empleados de la servidumbre sienten el deseo irracional de salir de la residencia. Los invitados, luego de la cena y algo de esparcimiento musical que a nadie parece interesar realmente, se dan cuenta de que no pueden abandonar la mansión. No hay explicación ni impedimento físico. Así transcurren varios días. Escasea la comida y la bebida. Prolifera la enfermedad. La basura y la suciedad se acumulan.

La cordialidad, las buenas costumbres y el refinamiento se pierden y, pese a los esfuerzos de un médico presente entre los invitados para mantener la cordura científica y civilizada, en todos se hace presente un instinto salvaje que llega a la violencia, a la inquina y al suicidio.

Aunque la esencia argumental podría parecer poco comprensible a la luz de humos surrealistas como la repetición de escenas o diálogos, la aparición inesperada de un oso y un rebaño de ovejas o la referencia del paso de un águila en el excusado, la degradación social queda expuesta. En Buñuel con sátira y comicidad negra; en Adès con mucha mayor opresión atmosférica y psicológica, llegando casi al terror del encierro social, en un espacio limitado, y la crisis consecuente de la supervivencia donde aflora el verdadero yo expuesto en otras obra como *The Mist* o *Under the Dome* de Stephen King; en *Rec* de Jaime Balaguer y Paco Plaza; como en *El bar* de Alex de la Iglesia.

La demoledora crítica de Buñuel, por la que discurre también Adès, puede advertirse, ya que en *El ángel exterminador* no hay niebla, monstruos ni francotiradores que impidan a los protagonistas salir, como existen en las anteriores obras citadas. Es la rigidez propia de un estilo de vida, las convenciones de una clase social alta que ella misma se dicta, de una forma de vivir que no se atreve a poner los pies fuera de sus paredes, la que crea una jaula de abulia y enfermedad.

Una llave para acercarse a esta obra, que por su estilo se enriquece no de las lecturas superficiales y puntuales, sino de las interpretaciones múltiples y encontradas, podemos encontrarla en las palabras ensayísticas del escritor Carlos Fuentes, amigo de Buñuel, transmitidas en un programa de Radio UNAM en los años 70: “‘Quien desea y no actúa engendra la peste’, dijo el poeta inglés William Blake. La tensión de los personajes de Buñuel se da entre sus deseos y los actos que realizan para cumplirlos. Esa tensión ya es la salud. Engendran la peste, en cambio, los veinte comensales sitiados de *El ángel exterminador*, incapaces de actuar porque son incapaces de desear. Siempre dentro de esta tensión entre el deseo y el acto, Buñuel

destruye las medidas morales acostumbradas para revelar una zona velada y vedada del deseo y del acto humano y enseguida atribuirles valor, daño, dolor, ternura, terror y simpatía”.

En *The Exterminating Angel* de Thomas Adès los 20 comensales se reducen a 12, pero el ambiente se potencia gracias a la música, que pasa de largo en el filme de Buñuel. Y ahí el compositor — que dirigió la orquesta en las presentaciones neoyorkinas de esta coproducción entre el Festival de Salzburgo, Covent Garden y The Royal Danish Opera de la misma forma que el libretista Tom Cairns se encargó de la puesta en escena— muestra su contundencia expresiva, que más que un discurso sonoro es una fuerza plástica que ocupa el espacio escénico.

Como prueba irrefutable de esa presencia, sí de sonido pero que se materializa en un acto de naturaleza dramática, están las Ondas Martenot, que encarna ni más ni menos que a ese ángel exterminador que se apodera de los personajes, de su mente, de su cuerpo y de su espíritu.

Pero no sólo la incursión de ese instrumento electrónico. También sus trazos casi pictóricos que dibujan la escena desde el foso orquestal, desde la partitura, el arrebató de su paleta tímbrica y el furor de una orquestación que subraya la belleza del deseo y la fealdad de la abulia que engendra incestos, suicidos y muerte. O la histeria misma que provoca, más allá del récord de la nota más alta emitida en el Met o el descenso seguido en el registro de esa misma cantante, en los personajes desde de la redacción vocal con la que los dota.

La ópera de Adès no sólo se acerca a su inspiración cinematográfica. Le rinde pleitesía transformando una convención de clase burguesa en un entramado creativo: haciendo que el género operístico no sucumba al ángel exterminador de un arte geriátrico. ■

*The Exterminating Angel*: Joseph Kaiser (Edmundo Nobile), Amanda Echalaz (Lucia de Nobile), Audrey Luna (Leticia Maynar), Alice Cooté (Leonora Palma), Sally Matthews (Silvia de Ávila), Iestyn Davies (Francisco de Ávila), Christina Rice (Blanca Delgado), Rod Gilfry (Alberto Roc), Sophie Bevan (Beatriz), David Portillo (Eduardo), Frédéric Antoun (Rául Yebenes), David Adam Moore (Coronel Álvaro Gómez), Kevin Burdett (Señor Russell), John Tomlinson (Doctor Carlos Conde), Christian Van Horn (Julio). Orquesta y Coro del Metropolitan Opera House. Dirección musical: Thomas Adès. Dirección escénica: Tom Cairns.